

Pedro Selva

Los escritores y la Cárcel



UNCA les hagan bromas a dos clases de tipos: «los siúuticos y los tontos»—decía un caballero, experto en ironía, a quien se deben la mayor parte de las frases ingeniosas que por ahí circulan. Agregaba: «¡Son demasiado serios!».

Tenía toda la razón.

Existe una desoladora cantidad de gente que necesita subrayaduras para sonreír y son capaces de tomar al pie de la letra el mayor absurdo si no les avisan con tiempo de lo que se trata.

Recuerdo que, años atrás, asistí a un espectáculo teatral absolutamente ridículo y de tal manera inesperado que pocas veces me he reído con más ganas. Era el actor, un hombre robusto, que vestía de mujer y ejecutaba una serie de números de danzas, cambiando numerosos trajes, algunos muy lujosos, y anunciaba las distintas figuras con voz de bajo, mas no para producir

efectos hilarantes, sino queriendo hacer arte verdadero. Noté, un tanto cohibido, que gran parte del público, en vez de reír, permanecía grave, con aire de reproche. Un crítico a quien consulté, manifestándole mi extrañeza, explicó el caso: era que el espectáculo no se anunciaba como espectáculo cómico... Por la cara con que me lo dijo parecióme aprobar esa actitud...

Esto, desdichadamente, no sólo sucede aquí: el pueblo más espiritual del mundo; Renan, maestro de ironía, insinuaba la conveniencia de escribir ciertos pasajes con tintas de diverso tono, para advertir, cuando fuera oportuno, que aquello se había puesto «cum grano salis», «à fin qu'on sourie».

Encontré, por eso, natural, que una sociedad literaria chilena tomara las medidas más duras, expulsando de su seno a un escritor que había aconsejado no prodigar los premios en dinero ni pedir nombramientos diplomáticos para estimular la literatura sino acudir, a otras medidas, menos onerosas y, a juicio suyo, más eficaces, como serían, por ejemplo, el destierro de los poetas y los literatos a países remotos y, en seguida, su prisión.

Todo eso se leyó judicialmente en el directorio y el Presidente lo puso entre los capítulos de cargos.

Yo me pregunto: ¿qué habrían hecho estos señores con el deán Swift que, en un folleto de sesenta páginas, «Modesta proposición para aliviar la situación de las familias pobres en Irlanda», desarrolló minucio-

samente la idea de matar a los niños de dos años que estuvieran más robustos y servirlos de alimento, sea asados, sea cocidos, con o sin ensalada?

Seguramente lo degüellan.

Pues, con peligro de correr su suerte, voy a permitirte apoyar la idea del destierro y la cárcel para formar escritores.

La encuentro lógica.

Partiendo de la base de que se necesita viajar y se carece de medios, por lo cual debe proporcionarlos otro, es decir, el Estado, queda elegir entre el cargo diplomático y la sentencia de extrañamiento; son los caminos que tiene el poder público para mandarnos de paseo.

El primero envuelve al hombre en una capa aisladora, átales los brazos entre galones, le obliga a fingir constantemente, a habitar un mundo de artificios, de saludos, de fórmulas, una sociedad hueca y reducida, toda en superficies, antifaces y sofocadora banalidad, defendidas por muros impermeables contra la invasión de la vida profunda y sus tremendas realidades.

El segundo, por el contrario, no sólo obliga a romper con su medio y dejar su país, sino también su clase, su gente y sus costumbres, es decir, todo lo que endurece e insensibiliza, lo que obstruye los ojos e impide observar. Tal como el uno forma una costra calcárea sobre la epidermis, éste desnuda a su víctima y la expone al bombardeo de los rayos cósmicos.

Tras esta libre experiencia y estos contactos múltiples, sabiamente variados—(se procuraría que el escritor recorriera muchos países y se le iría persiguiendo discretamente, apretándolo sin ahogarlo)—vendría su complemento, el recoger la cuerda, la hora del reposo y la meditación.

Los escritores son por naturaleza inquietos y, a la vez, rutinarios, amigos de la aventura y partidarios de su comodidad.

El destierro y le cárcel satisfarían sus inclinaciones y las corregirían, obligándoles a moverse, primero, y a descansar después.

Todo para producir.

Una celda solitaria, silenciosa, con calefacción, bien ventilada, un horario rígido, mesa silla, máquina, papel, algunos libros, ¿qué más necesita el laboratorio intelectual? No más visitas, no más amigos, invitaciones, teatros, fiestas ni distracción alguna. Nadie llama jamás por teléfono para preguntar: «¿Por qué no me ha venido a ver? ¿Cuándo piensa venir?». El escritor, entregado a sí mismo, no puede acudir a la disculpa que tan frecuente de que «no tiene tiempo para nada». Ahora está solo, sentado, pensando. La injusticia cometida al sacarlo de su tierra sin causa precisa, sin forma de proceso, sin darle siquiera un motivo o la apariencia de un motivo, sumergen su ánimo en un océano de amargura.

Situación muy propicia para escribir.

El hombre contento se disipa y goza de su alegría. El triste toma su papel y escribe. Para quejarse, para ponerse en comunicación con otros, para compartir sus sentimientos íntimos y librarse de su pesadumbre entregándola. Inútilmente los admiradores o las admiradoras, poseídos de compasión, querrán ir al prisionero y consolarlo: está incomunicado. Día y noche su cerebro acumula imágenes, elabora recuerdos, combina situaciones, compara, discierne y se va cargando. Hasta que, saturado de aburrimiento empieza.

Si entonces no produce una obra maestra, quiere decir que se ha puesto en prisión a un asno y conviene pronto darle libertad.

Pero es difícil que cualquiera, por negado que se le suponga, deje de observar algo interesante, sometido a ese régimen.

Consulta, desde luego, la gran fuente de las inspiraciones: el contraste, el cambio, las mudanzas, sin lo cual nada se percibe: libertad y sujeción, movimiento y reposo, variedad y unidad, dispersión y concentración, he ahí el émbolo aspirante e impelente que va a sacar el agua de la noria. En seguida ofrece, durante los viajes obligados, después de un recinto hermético, un completo muestrario psicológico de la especie humana sin disfraz, con los huesos al aire, puesto a la mano y bajo una lente.

¡Qué diferencia de los salones, las embajadas, los banquetes y los compromisos, la hora del té, el recibimiento oficial, las palabras convencionales, impresas y

repetidas, las frases de siempre y los ceremoniosos ademanes para preguntar uno lo que no le importa saber y responder otro lo que no interesa decir, cada cuál dándole a sus voces una resonancia trascendente!

La naturaleza, que no ha dejado al hombre nada por inventar, se había adelantado por cierto a este sistema, encerrando a muchos escritores en esa forma de prisión que es la enfermedad. Un autor español residente en Chile, inválido durante un tiempo, empezaba su libro con esta frase, por desdicha, propensa al doble sentido: «¡Los pies, los pies! A ellos se deben estas páginas». No es que los usara para escribir, sino que ellos le impedían caminar y distraerse. Flaubert se escondía temporadas en Croisset, defendiéndose como un oso, no tanto para escribir, como por miedo a los ataques de epilepsia. Sin ellos, acaso ni *Madame Bovary*, ni *Salambó*, existirían. De lo que no cabe duda es que el inmenso mensaje proustiano, la comunicación genial más profunda y más larga que haya recibido este siglo, no habría alcanzado sus dimensiones sin el grillete del asma que mantuvo a su autor, durante años recluso.

Pero, ¿a qué predicar? Nadie va a oírnos. Los escritores seguirán tratando, no de escribir mejor, sino de divertirse más, de procurarse por medio de las letras los recursos económicos necesarios para pasarlo bien.

La cárcel, como estímulo, requiere alegatos: bastan esos monumentos que, desde ella, a causa de ella, de-

jaron, inmortalmente, Cervantes y Dostoiewsky, dos presos insignes que han de codearse en la región de las sombras con un sombrío desterrado explorador del Infierno.

San Francisco de Las Condes, junio de 1947.